Sta Estella Sánchez

REPERTORIO AMERICANO

QUINCENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

Editor: J. García Monge.

Vol. II	San José de Costa Rica, Viernes 1º de Abril de 1921	Nº 16

Una carta que debe ser el Evangelio de la Juventud

Sr. Enrique Cazade,

Santiago de Cuba.

Muy distinguido señor y amigo:

He leído su carta abierta, que me ha hecho meditar, y me ha entristecido. De sus líneas dolorosas se desprende que usted, en plena juventud, amante de su patria, no acierta con el camino que debiera seguir a fuer de cubano; y me pide consejo.

Mucho hemos debido entenebrecer nuestro horizonte, cuando hay quien se encuentre en la situación de usted. Porque usted es de los que no se resignan a la abdicación, bien lo demuestra su carta; y cuando titubean los que sienten así, ¿cómo extrañar la actitud de los indiferentes?

Pero, por lo mismo que usted no se resigna, ya ha empezado usted a actuar, y lo primero que he de decirle es: continúe. Malos son estos tiempos; pero mucho peores fueron los del gran Martí, a quien usted evoca, y él no cesó un punto de bregar por Cuba. Recuerde usted su obra, su obra pasmosa, titánica, amasada toda de sacrificios, y considere usted

POR QUÉ RAZÓN EL MUNDO NO GIRA EXACTAMENTE

Nuestra tierra es elástica

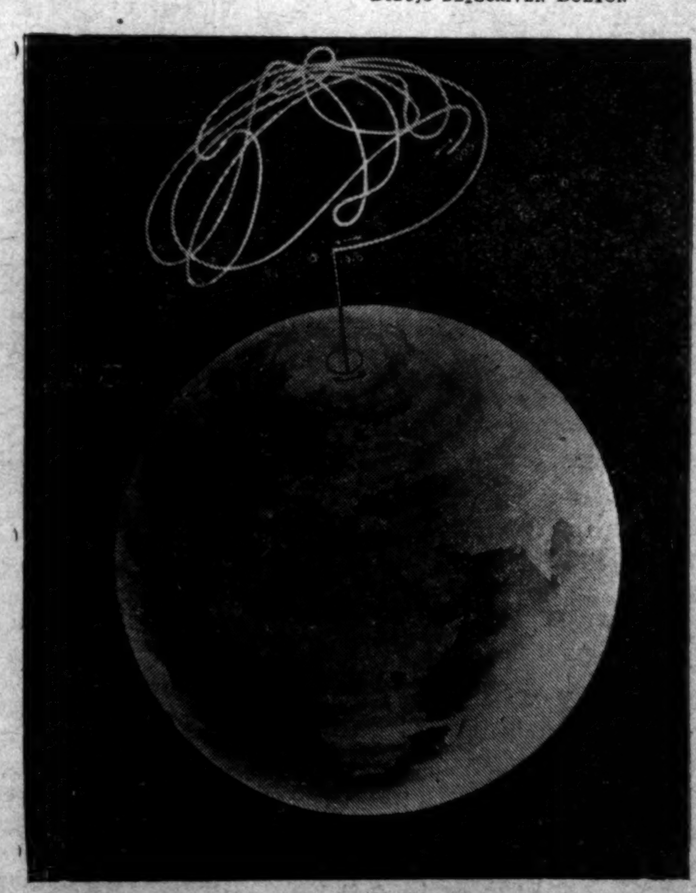
Dibujo de Scriven Bolton

Lord Kelvin en 1876, fué el primero en averiguar propiamente las perturbaciones del eje terrestre. Para saber más de estas irregularidades se señalan continuamente las latitudes de estaciones apropiadas extendidas por el mundo, e informes al respecto publica el *Servicio de Latitud Internacional*. Se registran todos los cambios de latitud que ocurren en las estaciones de observación y comparando los resultados de unas con otras, se determina la desviación del polo de rotación del polo imaginario.

Por los datos acumulados, se ha visto que los trastornos materiales existentes, debidos a los cambios meteorológicos (largas fluctuaciones barométricas, fusión de hielo polar, etc.), son las principales causas del extravío del eje terrestre. Un repentino dislocamiento material por lo común afecta el eje gradualmente y el eje alterado se desvía en torno del polo geográfico en un período medio de 432 días o seis revoluciones en 7' 1 años, hasta que se somete a los efectos de las mareas y de las fricciones elásticas. Dislocamientos seísmicos y meteorológicos luchan continuamente por renovar este desvío del polo. La fuerza centrífuga al rededor de un eje variable denota un campo elástico en el conjunto terrestre. Si no hallan compensación los repentinos dislocamientos materiales, crean movimientos irregulares del eje, como sucede con las fuertes lluvias que caen en Europa en ciertas épocas del año y en los meses que trascurren para que esa agua de nuevo llegue al océano. Tómense en cuenta también las sumersiones oceánicas, que perturban el eje tanto tiempo como el nivel acuático no sea compensado, así como los terremotos a lo largo de las costas, que cambian el nivel y forma de los suelos.

Scriven Bolton

(*The Illustrated London News*, Sept. 25, 1920).



El polo de rotación errante rodea el polo geográfico (o polo de inercia). Una ilustración de las perturbaciones del eje terrestre.

los primeros elementos con que la empezó.

Usted no es Martí, nó, ni los hay en torno nuestro; pero usted es uno de aquellos por quienes dió su cerebro y su sangre el Maestro. Los dió, los prodigó, para enseñarnos que, si queremos tener Patria, la hemos de hacer y rehacer en cada ocasión, a fuerza de labor perseverante.

Hay quienes la desgarran; pues a procurar por todos los medios unirla de nuevo. Hay quienes no saben defenderla; pues a servirle nosotros de antemural. ¿Cómo? No haciendo lo que condenamos en los tibios, en los ambiciosos, en los codiciosos. Hay que cumplir con todos los deberes cívicos y con todos los deberes sociales.

El elector debe ir a votar con la conciencia más clara posible de lo que hace. El concejal debe desempeñar su función, no para el lucro suyo, sino para el lucro de su municipio; y esto mismo han de realizar el representante y el senador y el presidente, cada uno en su esfera. El escritor debe hacer lo que usted ha hecho: decir en público lo que piensa y siente de los males y de los bienes públicos. El ciudadano debe asociarse con todos los que participen de sus ideas y aspiraciones, para tratar de ponerlas en práctica.

Le ruego que se fije en este último particular. Hasta ahora nuestras grandes asociaciones han sido los consorcios políticos, no para los verdaderos fines políticos, sino para explotar los puestos públicos. Esta, y no otra, es la raíz de nuestros males, que se han multiplicado, hasta ahogar casi la República. Opongámoles las asociaciones para realizar todos los fines de actividad y cultura; pero emprendidas sin miras egoístas; y cuando éstas sean vivaces acabarán por llevar su espíritu a las asociaciones políticas. Póngase cada cual que se sienta con ánimo, póngase a tratar de realizarla, y habrá emprendido la más sana y útil labor de depuración de nuestras costumbres y de afianzamiento de nuestro porvenir.

El remedio exige tiempo; toda obra social lo exige. La vida no es una improvisación, sino una continuación. Pero hay que actuar. Todo menos resignarse, menos estancarse, menos rendirse.

No está usted solo. Son muchas las voces que se levantan en distintos lugares del país, pidiendo rectificaciones salvadoras. Tiéndanse ustedes la mano, y entiéndanse. No trabajen aislados, trabajen de consuno. Así lo hizo Martí y, emancipó a Cuba.

Muy de veras le agradezco el concepto que ha formado de mí; y me pongo a sus órdenes, como su más atento amigo y servidor,

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Vedado, 2 de marzo de 1921.

(*El Sol*, Santiago de Cuba).

Ramiro de Maeztu se va



RAMIRO DE MAEZTU
Visto por BAGARIA

(Del semanario *España*, Madrid).

DESDE hace algún tiempo Ramiro de Maeztu se halla en Barcelona. Coincidió su visita con el recrudecimiento del problema social, y todos creímos que el ilustre pensador vasco habría venido a estudiar de cerca las anomalías y los caracteres de esta lucha terrible, que ha tomado por campo de experimentación la vida siempre inquieta de nuestra ciudad. Su viaje, sin embargo, obedecía a otras causas bien diferentes. Cierto día, el propio Maeztu nos las descubrió: «Vengo aquí a vivir un poco entre ustedes, a calentarme con el sol de ustedes. Estoy cansado del clima de Londres. Odio la lluvia y la niebla. Me hacen daño, y estoy enfermo de una rara enfermedad. Además, no voy a volver a fumar. El tabaco, en vez de excitarme, me deprime, y tengo siempre veinte pulsaciones menos de las que son habituales a un hombre en estado normal».

Efectivamente, Maeztu comenzó a ordenar aquí su vida dentro de una tranquilidad halagadora, y fué uno más entre nosotros. Alquiló un piso confortable en San Gervasio—el San Gervasio querido de Maragall,—y allí acomodó su vivienda con su mujer y su hijo.

Por las tardes, a la hora del segundo café, entraba en nuestra tertulia del Ateneo, se hundía en un sillón e intervenía en nuestras conversaciones pintorescas. Era el contraste. Oía con la mano en la frente, haciendo una gran arruga en el entrecejo y cerrando los ojos para concentrarse en sí mismo. Luego, con su voz ancha y hueca, hablaba exponiendo sus razones agudas, ásperas, enlutadas. Tenía que discutir con Francisco Pujols, que se titula poseedor de la verdad, y que escribe siempre en un solo párrafo sin poner puntos; con un hombre, en síntesis, que no tiene nunca ningún «Stop».

Tenía que discutir con Xenius, en quien Maeztu veía—equivocadamente—toda el alma de Roma. Tenía que debatir con el poeta Sagarra, con Carles, el pintor; con Enrique Jardí, el jurista, y hasta con nosotros, que oponíamos a su divino Milton, nuestra parra catalano-extremeña. De pronto, si se hablaba de París, se adelantaba la mano, como haciendo una seria amenaza, y exclamaba:—«¡Ese es el pecado, ese es el grande pecado!» Otras veces se hablaba de la necesidad de la retórica, y él decía, horrorizándose:—«¡Ah, no! ¡La retórica, no! ¡La poética; sólo la poética!»

Xenius contestaba:—«Antes la retórica. A la edad en que se enseña a los niños a tener pudor, debiera comenzarse a aprender la retórica». Otras veces se hablaba de música.—«Lo confieso—decía Maeztu—que no me hace sentir la música. Como a casi todos los escritores les ocurre: que hace sentir más la pintura. Yo, siendo muchacho, rompí a hachazos un piano de cola; lo hice astillas...»

Ayer, todos los amigos que hemos convivido con el alto escritor cotidia-

namente, nos despedimos de él, ofreciéndole el sitio de honor de nuestra mesa común. Pedro Corominas se sentó a su diestra, d'Ors a su izquierda. Más allá, Gabriel Miró, Canals, Zabarta, todos. Y nos despedimos de Maeztu porque una tarde llegó a nuestra tertulia y dijo:

—«Me voy. Me echan de mi casa de Londres, y he de recoger mis libros, mis papeles. Me voy». Y nosotros no queríamos que se fuese sin que comiera a la vez que nosotros nuestro pan, y bebiera también con nosotros nuestro vino. Al final, Xenius recordó que Maquiavelo, comentando las *Décadas* de Tito Livio, decía, al tratar de la fundación de Roma, que o Rómulo o Remo, uno de los dos, había de desaparecer, y que aconsejaba a Rómulo que matase a Remo.—«Y Remo—añadía d'Ors,—¿no hubiera podido crear una Roma de artistas, de intelectuales?»

—«Maeztu—concluyó Xenius:—usted es un intelectual que va, que ha de ir a la política militante. Si quiere usted que su obra sea fecunda, yo le aconsejo que ahogue usted a Rómulo, antes de que Rómulo le ahogue a usted». Luego Pedro Corominas brindó por los veinte años de su amistad con Maeztu. Una amistad limpia de toda hipocresía; le habló de nuestro clasicismo y de nuestras serenidades y transparencias. Acabó diciendo:—«Si no fuera por esta Barcelona que quema conventos y tira bombas, que tiene este fondo turbio y espeso de acracia y de acción directa, estaríamos todos convertidos en unos epicúreos».

Maeztu se levantó, no demasiado tieso, a conversar en voz baja. Sus palabras fueron una enorme expansión lírica. Sería imposible seguir, ni aun rastreando, su vuelo. Vosotros y yo—vino a decir—nos entendemos perfectamente en todo, menos cuando ponemos a discusión el problema estético. Habló del origen del arte, atribuyéndolo al sueño, al ansia de encontrar en poderes que escapan a la humana comprensión la necesidad de satisfacer nuestros anhelos. Pero no vamos a reseñar su discurso. Cuando llegó al cúmulo de su exaltación; cuando, apoyándose sobre los hombros de d'Ors y Corominas, cantó las palabras «¡Grecia, Grecia! ¡Jerusalén, Jerusalén!» y opuso a la belleza de la muerte pagana las trompetas del Apocalipsis, anunciando la vida perdurable, se emocionó él y nos emocionamos todos.

Un amigo nuestro, luego, exclamó: —«¡Qué bien representaría el *Hamlet!*»

Maeztu se nos va. Nosotros queremos recordarle aquella oda de Horacio a Virgilio, cuando Virgilio embarcó para Grecia: «Sic te diva potens Cipría...» Maeztu tendrá que absolver al latino. Nosotros pedimos a los dioses que nos devuelvan a nuestro amigo intacto. Intacta su fuerza vasca; intacta su cordialidad...

JOAQUÍN MONTANER

(*Nuevo Mundo*.—Madrid, febrero 1920).

LA ASAMBLEA DE LAS NACIONES

Los pueblos de nuestra habla

El Evangelio que ha empezado a predicarse en España: Trabajo, Ahorro y Saber

Fué una buena inspiración la que hizo presentar a la Delegación española una moción pidiendo que se adoptase el español como uno de los idiomas oficiales de la Asamblea. Sirvió, desde luego, para unir en un haz a todas las Delegaciones que lo tienen por idioma materno. A los tres días de haberse reunido la Asamblea, los observadores señalaban en ella cuatro grupos: el de Inglaterra, sus colonias y las naciones asiáticas; el de los neutrales europeos del Centro y del Norte; el de Francia y las naciones que le son más afectas, y el de los pueblos hispanoparlantes. De no haberse presentado la moción, no habríamos sospechado el calor con que la defenderían los delegados de Cuba, Panamá y Nicaragua, quizás los países más amenazados por el imperialismo norteamericano.

También estuvo bien que la moción se retirase en cuanto se manifestó la hostilidad de otras Delegaciones, como la italiana. Ya el hecho de que todos los discursos habían de ser traducidos del francés al inglés o del inglés al francés daba a las discusiones una lentitud desesperante. No era cosa de hacerlas imposibles añadiendo a estos dos idiomas no sólo el español, sino los de todas las Delegaciones que insistiesen en que se adoptase también su propio idioma. Creo hasta innecesario reprochar su hostilidad a la Delegación italiana. Casi podría decirse que la cuestión del español está ya colocada por encima de las voluntades de los hombres. Hoy lo hablan cien millones de personas, que ocupan territorios capaces de mantener una población diez veces mayor. Es muy difícil de evitar que lo hablen 200 millones en 1950 y 400 millones en el año 2000. Y antes de que esto ocurra será considerado el español como un idioma imprescindible.

Pero antes de retirar la moción debimos defenderla en la tribuna de la Asamblea. Para ello habría sido necesario que nos hubiese representado en Ginebra persona capaz de decir en francés un discurso elocuente, cosa que no es difícil. En caso de no encontrarla a mano, y aun renunciando a defender nuestra propia moción, habría convenido infinito que nos hubiese representado un orador, aunque sólo fuese orador en castellano. Es una gran pena que nuestros hombres públicos se hallasen tan embargados por las elecciones, que el temor a perder un par de actas los retuviese a todos ellos en España. Inglaterra estaba representada por tres hombres públicos de primer orden; los señores Balfour, Fisher y Barnes; Francia, por los señores Bourgeois, Viviani y Hanotaux. España sólo lo estuvo por diplomáticos profesionales. Aquello, empero, no era una Cancillería, sino una Asamblea. No podíamos estar representados convenientemente por burócratas habituados a la obediencia y a la disciplina. Necesitábamos hombres capaces de tomar iniciativas y arrostrar responsabilidades.

Y ello porque se nos ofreció una situación impensada, que debimos ha-

ber aprovechado. Los pueblos de lengua española se agruparon en torno nuestro. Digo los pueblos porque estaban representados varios de ellos por hombres verdaderamente representativos, excelentes oradores varios de ellos, cuyos nombres no cito para no pecar por omisión. Cualquier hombre público habituado a percibir los movimientos de las asambleas habría advertido que la solidaridad de los pueblos hispanoparlantes estaba ya pidiendo direcciones más precisas que las que suele encontrar en los banquetes de fraternización, con lo cual no quiero decir nada contra los banquetes, porque siempre fué el acto de comer en común el símbolo de la comunidad, y el cristianismo se fundó en la Cena, y la Misa es la Mesa.

Así como la Historia venía favoreciendo hasta ahora los instintos de dispersión de nuestra raza, dándonos, además de la anchura de Castilla, una América todavía más ancha, ahora parece haber llegado el momento inverso, en que la presión de otras razas que se sienten estrechas en sus tierras nos obliga a endurecernos en conglomerados más concretos, si hemos de conservarnos. Esta mecánica del mundo es una de las concausas del movimiento de solidaridad que empieza a unir a los pueblos de lengua española. Hay, además, otras. A medida que han ido creciendo las Sociedades hispanoparlantes, se han puesto más en contacto con el resto del mundo y entre sí, y este contacto es lo que las ha hecho sentirse más cerca unas de otras, como dos madrileños que no se conociesen sino de vista se sentirían probablemente amigos si se encontrasen en Manchuria. Paralelo a este contacto físico, el contacto espiritual con la historia del mundo ha acrecido la estimación hacia la madre patria entre las Repúblicas de América. Con todos sus defectos, la colonización española consigue resistir la comparación con cualquier otra.

Un político español que se hubiese encontrado en Ginebra, sobre todo si tuviera idea de lo que ha sucedido en América antes y después de la batalla de Ayacucho, de las tierras que se encuentran a la derecha y a la izquierda de los Andes y de la Sierra Madre, y de los pensamientos de los americanos, se habría dado cuenta de que la actual es una hora única, porque los pueblos de lengua española han empezado a sentirse unidos, no tan sólo en una gloria de herencias comunes, sino en una situación de comunes peligros, porque todos viven en tierras ricas y codiciadas y sobre todos se cierne el capitalismo extranjero—sobre el petróleo de Méjico, el azúcar de Cuba, los nitratos del Pacífico, los ferrocarriles de la Argentina y las minas y vías férreas de España—, de lo que ha resultado una actitud común de perplejidad y crítica, porque los reproches que antaño nos hacían los criollos de América hace tiempo que los españoles nos los estamos dirigiendo, y aun con mayor dureza, por lo que todos somos unos, hasta en las mismas ansiedades.

Y ésta es razón por la que un buen político habría tomado pie de la comunidad de las angustias para promover toda suerte de empresas que intensifiquen nuestra solidaridad, como inteligencias aduaneras, intercambio comercial, inversión de capitales en ultramar, de suerte que nos asegurasen las materias que necesitamos, como petróleo, algodón, yute y gutapercha, y no hablo de la conveniencia y necesidad de crear servicios postales, agencias periodísticas, cables y estaciones radiográficas que nos relacionen con los países de América, porque ello se entiende por sí solo, así como la urgencia de abaratar fletes y pasajes.

Pero si ese buen político hubiera sido, además, hombre de espíritu, habría hablado en voz baja, y con intimidad, a los hispanoamericanos, para decirles, poco más o menos:

«Amigos míos: Voltaire imaginó que en el país de los Incas había un Eldorado, cuyos habitantes eran tan religiosos, que, aunque rezaban mucho, nunca le pedían a Dios nada, sino que oraban para darle gracias, y estaban agradecidos a la Providencia porque, laboriosos, ahorradores y amigos del saber, su riqueza era tanta, que tenían empedrados los caminos de oro, diamantes y rubíes, y tanta su habilidad, que en quince días construían sus ingenieros máquinas capaces de franquear las montañas inaccesibles. Esas virtudes son, precisamente, las que, por ahora, no tenemos, porque nos gusta la pereza y la dilapidación y nos cuidamos de que sean ciertas nuestras ideas de las cosas, por cuyos defectos carecemos de fuerza, cuya falta nos impide hacer valer nuestras virtudes, que también las tenemos, porque somos el pueblo más humano de la tierra, probablemente porque somos uno de los menos humanistas, puesto que nosotros no creemos que la bondad sea patrimonio de una casta determinada de hombres, sino que la concebimos como un templo ajeno al hombre, pero en el que todos los hombres, sean cualesquiera sus antecedentes, pueden entrar si lo desean; por lo cual, el espíritu de justicia que caracteriza a Don Quijote se convierte en torcedor que le tortura y le ridiculiza, porque la justicia sin la fuerza es el peor veneno para la voluntad, y ésta es la razón de que el pueblo nuestro se entregue a su soñera y diga con vuestro poeta:

«Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor»,

por cuyo Amor no ha de entenderse «el que mueve el sol y las demás estrellas», sino la lascivia inconcreta o abstracta de doña Zingua, reina de Angola, que es una forma del pecado, que es lo que San Pablo había dicho al afirmar que la muerte es la paga del pecado, porque sin el pecado no habría muerte.

»Vuestra madre patria, como ahora la llamáis, bondadosos, ha tenido más tiempo que vosotros para hacer experiencias, y una de sus últimas experiencias, aunque no la ha ensayado sino en pequeña escala, consiste en ponerse a ver lo que sucede cuando SE TRABAJA, SE AHORRA y SE ESTUDIA, y todo lo que ahora halláis bueno en España es resultado de este minúsculo ensayo, por el que ya han cambiado muchas cosas y han de cambiar otras todavía, a medida de que las más de las gentes se enteren de que en buena medida está en sus manos el hacer y cumplir votos de aprovechar el tiempo, de no gastar una peseta sino reproductivamente y de encarrilar el pensamiento en dirección de la verdad. Decid a los vuestros que éste es el Evangelio que ha empezado a predicarse en España: TRABAJO, AHORRO y SABER. Un día advertirá la generalidad del pueblo que no son estas palabras inanes sino un ¡ábrete, Sésamo!, que abre, en efecto, las puertas de la Vida, porque hace realizable el anhelo de justicia universal que siempre ha sustentado el pueblo ibérico, y cuando lo advierta, sentirá hinchársele el pecho de un amor divino que le hará saltar de la cama gritando, como el conde Claros de Montalván:

«Levantá, mi camarero;
dame vestir y calzar».

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*.—Madrid).

Historia del Lobo yanqui y de la Caperucita isleña

I

MORAL DE TIBURONES

Un día del año 1916—ardía la guerra europea en toda su furia destructora—, varios buques acorazados de los Estados Unidos rodearon aquella isla hacia donde aproaron las primeras carabelas de Colón; estrechándola con una cintura de cañones, desembarcaron tropas y más tropas, y se proclamaron dueños y señores de la microscópica República Dominicana. Por allí había empezado España a civilizar el Nuevo Mundo. Aquella isla se llamó en un tiempo la España. Los yanquis no estaban en guerra con aquel país. Tampoco los tiburones del mar Caribe están en guerra con los pececillos que devoran. Sólo que la moral de los tiburones es simplista y comprensible: se basa en la necesidad, mientras que la moral de tiburones de los Estados Unidos quiere fundamentarse en la justicia, en el derecho. Esto les hace, en materia internacional, sobre criminales, ridículos. ¿Tenía derecho «el idealista» presidente Wilson para adueñarse de un pobre país que vive entre sus bosques nativos, divirtiéndose con sus revoluciones? Su alevosa estrangulación de una pequeña e indefensa nacionalidad insular, ¿se basaba en la justicia? ¿Cuáles son los argumentos explicativos de la ocupación militar de la República Dominicana? El incumplimiento de un convenio dominicoyanqui, responden los estadounidenses. ¡Qué irrisión! Es verdad que no faltaron argumentos para crucificar a Cristo; es verdad que para victimar al inca Atahualpa se adujo que había quebrantado el Código de las Siete Partidas, de que jamás oyera hablar aquel pobre diablo de emperador.

II

UN GENEROSO PROTECTOR DE NACIONES

La República Dominicana, hacia principios del siglo xx, tenía sus pequeñas deudas, como cualquier hijo de vecino. Los yanquis, muy zalameros, se presentaron allí con varios talegones y le hablaron a la incauta Republiquilla del modo siguiente:

—Tú tienes acreedores diversos, nosotros somos tus mejores y más desinteresados amigos. Toma veinte millones, págale a todo el mundo y débenos a nosotros exclusivamente. Nosotros no te molestaremos por el cobro. Somos tus protectores naturales. Acuérdate de Monroe: «America for americans».

La República Dominicana sonreía, encantada.

—Es más, continuaron los Estados Unidos: para evitarte trabajos y dolores de cabeza, nosotros recaudaremos tus rentas de aduanas, pagaremos los intereses y amortizaciones de los veinte millones; es decir, nos pagaremos y te daremos el remanente para las necesidades de tu administración, para tu fomento, para lo que quieras.

La Republiquita aceptó, y hasta aceptó agradecida, en medio de discursos, fuegos artificiales y varias botellas de champaña, que descorcharon y ofrecieron, generosos, los Estados Unidos.

Esto ocurría en 1907, cinco años después del famoso golpe de Panamá, realizado de mano maestra por el simpático Roosevelt, de ruidosa memoria. Esto es lo que se llama la Convención Dominicoyanqui.

III

YO ME COGI AQUEL PUEBLO, TU TE COGISTE AQUEL PUEBLO, NOSOTROS NOS COGIMOS AQUELLOS PUEBLOS

Todo iba a pedir de boca: los yanquis, cobrando, pagándose y arrojando los huesos a roer al Gobierno de la Republiquita isleña. Pero como el apetito viene comiendo y los yanquis tienen los dientes largos y las tragaderas en excelentes condiciones, los sueldos que asignaron a la innumerable caterva yanqui de receptores presupuestívoros mermaban cada vez más las piltrafas adheridas a los huesos dominicanos. El Gobierno, mediatizado, tuvo necesidades superiores a los emolumentos que con su propio dinero le asignaba parcamente el recaudador extranjero. Como sus gastos administrativos fueron superiores a sus ingresos, quedó debiendo a sus empleados y dependientes. A los nacionales, no a los extranjeros, que se cobraban ellos mismos.

—¡Cómo!, ¿te permites crecer, por lo menos en gastos?—dijo Wilson—. Imposible. No lo tolero. Nuestro convenio debe consignar en algún artículo que puedas enajenarme tu soberanía. Y, aunque no lo consigne, pensó, los tiempos son propicios: el mundo tiene los ojos puestos en otra cosa. Es necesario que yo me coja ese país.

Y se lo cogió. «*I took Panama*», había confesado cínicamente Roosevelt. Tú te cogiste la Isla Española, le dicen sus enemigos a Wilson; nosotros nos cogimos Tejas, Puerto Rico, Cuba, las Filipinas, etc., exclaman los yanquis. Y algunos humoristas se preguntan como William Hard: «*¿Is America honest?*»

Parece cosa de risa, ¿no es verdad? Y lo sería, si no fuera también cosa de lágrimas.

IV

TRIQUIÑUELAS DE UN PEDAGOGO IDEALISTA

La deuda pública de la República Dominicana, decía el malhadado pacto de 1907—que sólo han podido celebrar los yanquis con un país cavernícola—, «la deuda pública no podrá ser aumentada sino mediante un acuerdo previo entre el Gobierno dominicano y los Estados Unidos».

Y el pérfido Wilson—que es profesor de Derecho, según creo—, confunde, adrede, artimañosamente, una misérrima deuda, exclusivamente administrativa, con la Deuda pública. No recuerda el airado pedagogo los más rudimentarios textos? ¿No sabe de memoria que la palabra compuesta Deuda pública significa en Economía Política «esa especie de deudas que el Estado ha contratado, y para las cuales han sido creadas rentas o efectos públicos?» ¿No sabe que «no se hace entrar en la Deuda pública propiamente dicha, las deudas corrientes del Estado, es decir, las sumas en que éste se ha

Repertorio Americano

Revista de la prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

constituido ocasionalmente deudor respecto de los particulares, a causa de la ejecución de los diferentes servicios públicos?...»

Pero no se trata de la ignorancia de un magistrado yanqui, ni siquiera de su perfidia. Si fuera otro el presidente yanqui, otro nombre, y no el de Wilson, habría que mencionar. Se trata de la inescrupulosidad de los Estados Unidos en sus relaciones internacionales, de su feroz imperialismo, de su amenazadora América. Hoy se tragan una islita inerme, un istmo realengo; mañana, ¿a quién masticarán las feroces mandíbulas de estos idealistas luteranos?

Todo es digno de admirar en este cuento de hadas, en que un dragón devora a una fragil doncellita, morena y desobediente a la voz de la más elemental prudencia. Todo. Los invasores, que, prevalidos del silencio universal que circundaba a cuanto no fuera la gran guerra de 1914 a 1918, se echan sobre un desvalido país; el pretexto de que se valen estos salteadores de pueblos: «¿tú no puedes pagar a tus empleados nacionales porque yo manejo tu dinero? Pues te castigo con la pérdida de tu soberanía»; la inocente estratagema, en el país de los economistas, de confundir una deuda administrativa con una deuda pública; el invocar un tratado a fin de robar y asesinar un país, como si ningún país, por estúpido que sea, puede suscribir el que lo despojen y maten por incumplimiento de convenios internacionales. Por último, ¿no es digno de admiración el que los Estados Unidos, que condenan a la nación dominicana por contraer deudas con sus propios empleados públicos, a quienes no podía pagar, estén hoy mismo en tratos para contraer un empréstito en Wall Street? El contratante—exclaman los hijos de la República martirizada—será la Usurpación Yanqui; el deudor, la República Dominicana.

Y como las bromas hay que darlas pesadas, Wall Street entregará ahora a la Usurpación dólares a treinta y dos centavos y los cobrará luego a ciento. No es todo. La República Dominicana paga el 5% de interés anual por su deuda. Los yanquis, duchos financistas, realizan una conversión con interés al 8%.

Es decir: se despoja el país a conciencia. Y estos yanquis son los que tildan de corrompidas a las administraciones locales. Con razón monseñor Noel, arzobispo de Santo Domingo, ha dicho en un valiente documento público dirigido a los hombres de la Usurpación: «Nunca en este país se habían cometido tales crímenes ni tantos robos políticos como los que han cometido y están cometiendo los funcionarios de la Ocupación Militar de los Estados Unidos».

Eso es lo que lleva a la islita desgraciada del mar Caribe el idealismo de Wilson. Esa obra de saqueo y de muerte realizaba el ingenuo idealista en los mares de América mientras se preparaba a representar en Europa su papel de apóstol del Derecho, con estudiadas frases, en que relumbran como usadas lentejuelas la Democracia, la Justicia, la Fraternidad Humana, la Igualdad jurídica de las naciones; y plagiándole a un hispanoamericano, a Simón Bolívar, el proyecto de la Sociedad de Naciones.

V

EL DRAMA

CUANDO termina el entremés en que Wilson representa su papel de idealista, de ingenuo, de buen muchacho, de pedagogo distraido, y los Estados Unidos su papel de protectores desinteresados de una América ingobernable, empieza el drama, un drama pavoroso, desarrollado con toda la brutalidad del carácter yanqui; un drama en interminables actos atropellados: el acto de Honduras, el acto de Nicaragua, el acto de Haití. La más ruidosa de estas tragedias comprimidas ha sido la de Méjico, porque en ella tomó parte, como en las tragedias de Esquilo y de Sófocles, un coro respondón: el coro, en este caso, fueron los quince millones de mejicanos aguerridos, armados principalmente de un saludable y protector odio al yanqui y dirigidos por aquel épico e irreductible energético, mártir de la libertad y de la civilización, que se llamó Venustiano Carranza. Una de estas representaciones dramáticas, una de las más oscuras y luctuosas, ha sido la que se cumplió a espaldas del mundo entero, en medio del silencio de los mares del trópico, en la República Dominicana y en su vecina Haití; es decir: en los pueblos condueños hasta ayer no más de la antigua Isla Española, hoy en manos de los Estados Unidos, por obra del idealista y desinteresado presidente Wilson.

Los yanquis arriban en son casi amistoso y pretextando un tratado. Abre el país incauto y generoso todas sus puertas al viejo amigo Sam, con quien no ha roto. Es el amigo, el protector; viene con palabras dulces: que venga. El viejo amigo Sam se apodera en un abrir y cerrar de ojos de cuarteles, parques, tesorerías, puertos, puntos estratégicos. Echa nubes de soldados sobre la minúscula y asombrada República. Desarma al país; hasta los cuchillos de mesa desaparecen de las casas. Empieza la más injustificada crucifixión de un pueblo: partidas inermes de patriotas se lanzan a los campos a combatir al invasor; se les llama bandidos, y como bandidos mueren, cazados, descuartizados, carbonizados, colgados de los árboles. Las poblaciones, en plena tranquilidad, son saqueadas; las mujeres, violadas; los niños, destripados. A los hombres se les ingurgitan por medio de aparatos cubos y cubos de agua hasta que revientan. A otros se les azota. A otros se perforan las entrañas con hierros candentes.

Los tribunales de justicia del país han desaparecido. Los sustituyen cortes militares yanquis, que son irresponsables y que se componen de yanquis brutos y brutales, que ignoran las leyes, las costumbres, la religión, la lengua y la psicología del país. Estas cortes irresponsables juzgan sumariamente: sus menores castigos son los de prisión, multa, azotes. Con aterradora frecuencia aplican largas condenas, la deportación, la muerte.

Los hombres más ilustres del país yacen en las mazmorras o gimen en el ostracismo. Ninguno de los tiranos de nuestra América fué tan sistemáticamente cruel, porque ninguno se propuso sistemáticamente exterminar al país que tiranizaba. Todos, hasta Rosas, fueron patriotas. Los yanquis, no. Los yanquis tienden a exterminar la población para quedarse como dueños exclusivos de la tierra. En Santo Domingo lo van consiguiendo.

Por las calles de la capital de la antigua República pueden verse cruzar con el traje de presidarios—y expuestos como escarmiento—a los más preclaros poetas, como Fabio Fiallo, por el crimen de haber cantado el anhelo de ser libres. Un diplomático y abogado de los más conspicuos, don Américo Lugo, es víctima de una corte marcial porque defiende jurídicamente a su país; al honrado y enérgico periodista Flores Cabrera, nacido en Venezuela, se le encarcela y se le expulsa como elemento pernicioso; a otro periodista de Venezuela, mi hermano Horacio Blanco-Fombona, se le cierra la imprenta de su propiedad, se le suprime el periódico, se le multa, se le encarcela, se le expulsa. ¿Por qué? Por haber publicado la fotografía de Cayo Báez, patriota dominicano, a quien la ferocidad yanqui, en pleno siglo XX, destrozó el cuerpo martirizándolo con hierros encendidos que perforaban los tejidos y las entrañas.

Esa es la obra civilizadora de Yanquilandia. Y esto se obra por mandato y bajo el gobierno del pedagogo que proclama la igualdad jurídica de las naciones.

R. BLANCO-FOMBONA

(*La Voz*.—Madrid, enero de 1921).

Envío del Autor.

Unas estrofas desconocidas de Rubén Darío y un soneto de Carmencita Brannon

Washington. D. C., 8 de enero de 1921.

SEÑOR DON J. GARCÍA MONGE

San José.

Amigo don Joaquín:

EL domingo es para pensar en los nuestros y para hojear el herbario donde guardamos esas corolas secas que al soplo de nuestro cariño se vuelven a poner coloridas y a temblar como si las despertase una larga puesta de sol. Este domingo, mientras la señora de la casa prendía el buen fuego para la merienda y me arreglaba la estancia con una devoción casi religiosa, encontré unas rosas que se empezaban a deshojar, de esas donde los pájaros tienen sus festines de miel. El momento es discreto para que los lectores del REPERTORIO que se han solazado leyendo los dos tomitos de *Rubén Darío en Costa Rica*, conozcan unas estrofas que el poeta escribió en Managua en 1895 y que hasta la fecha no he visto coleccionadas ni reproducidas. Aunque actualmente hay una reacción anti-rubendarina y se trata de torcerle el cuello al cisne de engañoso plumaje, Darío será siempre actual; más aún, se le estudiará, bien pronto, en un curso especial de la Universidad. Hace poco se ha publicado en la Habana una selección de las más raras poesías de Darío, con el nombre de *Hipsipilas*. ¡Las gracias a Regino E. Boti!

«La Petite Isabeau» fué escrita cierta vez que el poeta encontró un pájaro caído en mitad de la vía pública y quiso regalarlo a Isabel Huezo, hermana del amigo a quen debo la copia. El Señor de Nicaragua y demás Tierras Firmes e Islas Doradas de la Poesía Castellana se sonrojaría hoy al leer el poemita, pero se trata de un documento literario que tiene su hechizo. Hará una semana que el señor Belaunde, de la Universidad de Lima, apadrinado por el Embajador Pezet, dió aquí una conferencia en la que puso a Silva sobre Darío, porque, aquél era «poeta filosófico» a quien preocupó mucho la Muerte. Sea por Dios, que aún hay quienes piensan que hay «primer poeta» en la espléndida democracia del Arte. ¡Ah mi pobre, nuestro pobre Rubén, que no tuvo un embajador-padrino cuando llegó a tierra norteamericana, de paso para su país con alcázares de barro y paja como él decía! Si hay algo que nos debe preocupar seriamente a los que aun nos preocupamos por algo que no sea el alza y baja de los marcos, es eso de no querer morir sin tener una patria de verdad, porque eso de cinco paisecitos no puede seguir así, no debe!

Ahí va también un soneto de Carmencita Brannon, criatura que vale un manojo de lirios tiernos, y que será nuestra mejor poetisa. No crea usted que se trata de poetisa de antología centroamericana o al uso de Centro América, o de esas que tanto gustaban a la señora Baronesa de Wilson. Uso el femenino para pensar en esos sorprendentes luceros que se llaman María Enriqueta en México, la Mistral y la Ibarbourou en el Sur. ¿Quién dijo por ahí que Sor Juana había sido el «primer» poeta místico de la América Española? Creo que fué el doctor Belaunde.

Pero bien, dirán los impacientes, ¿y quién es la Brannon? He aquí lo que sobre ella me dice Hipólito Mattonel, el poeta de las pupilas fosforescentes: «Segun entiendo, su padre es un norteamericano de origen irlandés, descendiente de legendarios reyes celtas. Mr. Brannon, que tambien hace versos, ha revolucionado en nuestras tierras y goza de una alta reputación como hombre valiente, honrado, franco y de mal genio. Su esposa es una dama salvadoreña, no recuerdo bien si de la villa de Armenia o de la ciudad de Sonsonate. Carmen la primogénita de este matrimonio, es un prodigio. Me cuentan que es lo más bello que Dios hizo, a lo que diera fe yo mismo si hubiera podido verla como es cuando la conocí hará cosa de un año: confieso que me deslumbró de tal manera que no pude fijarme en nada de ella sino sólo en que era luminosa. En 1914 cuando contaba apenas los años del siglo, dió a la estampa un cuadernito de cuentos imposibles que por supuesto me encantan. Gracias a Dios se publicaron con todos los errores de gramática y hasta de ortografía de la autora. En esas páginas todo es candor, pero no deja de revelarse ya un innato gusto literario. En una plática que tiene con una margarita, que quisiera yo recordar toda entera, miré cómo le comienza a hablar: «*Linda flor de vestidos de plata y corazón de oro...*» Así hablan los niños, es cierto, cuando conversan con las flores; pero sólo los buenos poetas *escriben* así.

Carmen se educó, o lo que eso significe (que lo de educar a los poetas no lo entiendo muy bien), en un colegio de esas adnirables madres de la Asunción, que hay en Santa Ana. Allí, según me cuentan antiguas discípulas de ella, la poetisa era traviesa y daba qué hacer, hasta que un día por el cariño de una Madre Lucía, muy pálida, se tornó de súbito mística, mansa, la niña ejemplar del colegio. Ella me ha hablado correctamente en francés y en inglés. Fué en la tierra de Ud., en Tegucigalpa divina, donde gocé unos días de su amistad. Después no he vuelto a saber de ella, pero alguien me ha dicho que va a publicar un libro. Cuando Ud. lea por segunda vez (¡oh el pecado capital de releer!) ese soneto de ella, le darán a Ud. ganas de decirle: «*Get thee to a nunnery!*» pero no todos podemos ser Hamlet, ¿verdad?»

Estoy revisando ahora las páginas de poetas de Centro América que le he prometido para las ediciones con que Ud. está conmemorando el centenario de nuestra Independencia. Veremos qué sorpresa nos trae este año. ¿Cree Ud. en lo que dicen las hojas y la noche? Pues esta tarde, mientras escribo a Ud. y veo juguetear las ardillas en el bosquecillo que se admira desde mi terraza, he columbrado algo de pronto así como un castillo iluminándose para una fiesta. ¡Qué de luces fantásticas vemos a veces en la noche!

La mano cordial de su amigo,

RAFAEL HELIODORO VALLE

LA PETITE ISABEAU

Este sin prólogo preámbulo
es un regalo precioso:
un poeta doloroso
te da un pájaro noctámbulo.

Tienes tres años, la rosa
que está en el tallo tiene eso:
tus labios florecen beso
y no comprenden la prosa.

Te doy el pájaro, niña,
mas, si lo matas ¡traviesa!
que tu madre que te besa
por el pobre, que te riña.

Ámalo, es un errante
poeta, quizá un reproche
lo hizo errar entre la noche
y caer agonizante.

Ave de los corazones,
senzontle del indio triste,
el duelo sus plumas viste,
la pena le da canciones.

En tu peine dejan hebras
hoy tus hermosos hechizos,
hazle un nido con tus rizos
al pájaro que celebras.

Y mañana, cuando a mí
gloria y pena dé la fama,
por la ingratitud de aquí,
por mi pájaro y mi llama
tendré un recuerdo de ti.

RUBÉN DARÍO

Managua, 1895.

SONETO

En un lugar del alma, entre muros de olvido
y en arenas estériles, se entierran los amores
que nos nacieron muertos; y en suelo bendecido,
donde sueño tras sueño la vida siembra flores,

los que ya se ocupaban de fabricar su nido
cuando los alevosos minutos cazadores
les hirieron el ala, y los que sólo han sido
samaritano ungüento para nuestros dolores.

Yo sé que a esos sepulcros se les debe el tributo
que exigen del espíritu sus urnas de misterio,
pero por esos muertos nunca visto de luto

y al entrar en mí misma ese lugar esquivo:
¡que en una de las tumbas de ese mi cementerio
hay un amor que tuve que lo enterraron vivo!

CARMEN BRANNON

CONCIENCIA ACALLADA

Cayó a mis pies y desató su olorosa cabellera,
selva en fuego bajo una enredadera con reflejos
de hojas de castaño.

Tras los espejos de sus ojos,
en la oscuridad de sus cavernas, miré rojos lampos
de naufragios en los mares y de incendios en los campos,
mútilos fantasmas, como los recuerdos que se evaden
de la memoria, y cóleras como piaras de cerdos
silvestres en lucha con mastines.

Sus palabras claras,
y vivas, y raras, triscantes como cabras, cayeron
en hatos, y sueltas, rebeldes, locas y sensitivas.
Desabrochó su blusa, y se abalanzó a sus blancos senos
un cachorro de sol que lamió su piel con lengua de oro
hasta ponerla de color de rosa.

Era una musa
del Averno o del Hades, divinamente hermosa y fuerte.

«Vengo—dijo—del otro lado del lago de la muerte,
la traigo aquí en mis manos después que la escondí en mis ojos.
Hoy en mí todo es estrago; pero la maté por fin,
la maté con lentitud, deleitándome en la angustia
de su faz de serafín. El odio, sonriendo, me puso
tenazas ardientes en las manos. Sonriendo decía:

«Robó de tus ojos el sueño,
«mordió tus recuerdos, mordía
«tus ansias y se hizo tu dueño.
«Es tu hora feliz de venganza,
«mañana, mujer, será tarde
«y no habrá ya más esperanza».

«Y ella me miraba con sus dos liencecillos de cielo
traspasados de luz.

«Amada, soy tu ángel de la guarda.
«Soy lo mejor de ti misma; yo soy tu celeste prisma
«que quiebra la divina luz de los cielos y los mundos
«para iluminar tu mente con profundos pensamientos
«y hacer de música el amor que va a atormentarte el alma...»

«No quise escucharla más. Llené de silencio su boca.
Pero ella implacable, a su vez, me mordía, me mordía
con aspídica crueldad. Era una harpía y un arcángel.
El odio, sonriendo, como un ángel perverso en la sombra,
quemó las tenazas al rojo, luego al blanco, en mis manos,
y me dijo:

«Aun tiene en sus ojos el fuego
«que turba en las noches tu sueño,
«aun muerden sus dientes tu ensueño
«de amor, y le amarga, y le mengua
«la pérfida hiel de su lengua».

«Sentí en mi alma el lejano rumor de las rotas cadenas
de una fiera en furor. Los bellos liencecillos de cielo
traspasados de luz me miraban, regados de penas
húmedas como el amor.

Me sobresalté enloquecida
y hundí mis tenazas candentes en la luz de sus ojos.
¡Ciega! ¡Ciega para siempre! Más mordía mi memoria
con un apacible rostro de eternidad serena
sonriendo a toda cosa transitoria. Era una harpía
con la belleza celestial de un ángel. Y me roía,
como un rayo de sol en la nieve, allí donde te siento
más amado. Tu imagen se fundía como el incienso
al fuego. Tuve horror. Y el odio, armado, junto a mi oído,
me señalaba el filo inmaterial de sus dientes blancos.
Ponzoña de serpientes circuló dentro de mis venas.
La rabia se enroscó en mis ojos; en mi alma la impaciencia
clavaba sus punzantes espuelas del metal de la ira
y me exaltó al delito: le arrebaté diente tras diente
con mis tenazas al blanco... ¡Ya jamás me mordería!
La sangre angelizaba su boca de púrpura antigua.

Estaba ciega y sin dientes para siempre mi conciencia.

Pero hablaba con dulzura más persuasiva su lengua,
y le arrebaté la lengua con lentitud, con infinito
afán de callarla a lo largo de toda mi existencia.

Todo concluido había, ya estaba muda mi conciencia,
ya podía gritar en el fondo de mi alma que te amo,
que eres tú en mi vida el ramo de azahar y la hoja de palma,
que eres la luna en mis noches, y eres el sol de mis días.

Mas siento en la bruma de quietas lejanías del alma
el peso divino de ese cadáver que me perfuma».

R. BRENES MESÉN

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

UNA NUEVA ERA EN LA EDUCACION

Hacia la segunda enseñanza universal y gratuita

COSTA RICA EN EL BUEN CAMINO

El informe que acaba de publicar el Comité departamental sobre becas de estudio y plazas gratuitas en la segunda enseñanza, de Inglaterra [1], señala el comienzo de una nueva era, no sólo en la instrucción pública inglesa sino en la de toda Europa. Por primera vez, en efecto, se afirma en la historia escolar contemporánea, en un documento oficial, el principio de la enseñanza secundaria universal y gratuita, y aun remunerada, para todos los muchachos que tengan las necesarias condiciones mentales.

Los esfuerzos pedagógicos de toda Europa se dirigieron, como es sabido, durante el pasado siglo, a hacer asequible a todos los niños la escuela primaria. Para ello se dió a ésta carácter público, gratuito y obligatorio. Las grandes reformas de Foster, en Inglaterra, y de Ferry, en Francia, no tuvieron otra significación. Y tal cantidad de energía y de recursos se empleó en la empresa, que puede decirse que ésta fué llevada a cabo totalmente en toda Europa en el último tercio del siglo pasado. Sólo dos excepciones se encuentran en este movimiento: Alemania, que cuando los demás países comenzaron a implantar la reforma la había ya llevado a cabo, y España, que después de que todos los demás pueblos han realizado aquélla, todavía no ha logrado universalizar su enseñanza primaria.

Estas son las dos grandes excepciones del movimiento general.

A la hora actual puede, pues, decirse que en Europa ya no son problema esos dos grandes fundamentos en que se basa la educación contemporánea. Todo ciudadano francés, inglés, alemán, etc., sabe desde hace años que cualesquiera que sea su situación económica y social, sus hijos recibirán una educación elemental satisfactoria. Pero—no hay que olvidarlo—nada más que una educación elemental. Para que sus hijos puedan recibir una preparación superior, para que puedan llegar a ser hombres de primera categoría, necesita contar con recursos necesarios que le permitan mantenerlos en una escuela de tipo superior, en que se den los principios de una vida más humana. Pues, justamente, el documento oficial inglés acabado de publicar viene a demostrar no sólo la conveniencia egoísta de que esos muchachos sean más ampliamente educados sino la necesidad social de que así ocurra, y por tanto, el deber que tiene el Estado de facilitar esa educación ampliada, lo mismo que hace hoy con la elemental.

El Comité redactor del informe aludido fué nombrado, hace un año, por el actual ministro de Educación, Mr. Fisher, con el fin: 1º, de investigar las condiciones ahora existentes: *a*), para la concesión por las autoridades locales educativas de Inglaterra y Gales de becas de estudio en las escuelas de segunda enseñanza o instituciones de educación superior que no fueran las Universidades o Escuelas Normales; *b*), para la provisión de plazas gratuitas en las escuelas secundarias sometidas a las disposiciones del ministerio de Educación, y 2º, de proponer las reformas necesarias para mejorar esas condiciones existentes, y para dar con ellas facilidades para la educación superior más ventajosas y accesibles a todas las clases sociales de la educación.

El informe ahora publicado comienza exponiendo las mejoras sucesivas que se han introducido en la enseñanza secundaria inglesa desde 1895 a 1907, fecha de la última reforma llevada a cabo. Por ésta se estableció el principio de que todas las escuelas secundarias que recibieran subvenciones del Estado habían de tener un número determinado de plazas gratuitas, que podían llegar hasta el 25 por 100 cuando recibieran la subvención máxima. Y el informe hace constar que esa condición impuesta por el Gobierno se ha cumplido de tal modo, que el promedio de plazas gratuitas existentes en Inglaterra, no sólo ha alcanzado el 25 por 100 máximo sino que llega hoy al 30 por 100. Así, de los 246,000 alumnos que asisten a las escuelas secundarias inglesas, 72,386 no pagaban el año último retribución escolar alguna. En Gales se ha llegado aún a más: el tanto por ciento de plazas gratuitas alcanza hasta el 42 por 100. Esta proporción no la ha logrado obtener ningún pueblo de Europa.

La ley Fisher, aprobada en 1918, de que nos hemos ocupado varias veces, ha dado un paso todavía más allá en este camino al disponer que en los planes escolares de las autoridades locales «se tomarán las medidas adecuadas para que los niños y los jóvenes no se vean privados de recibir los beneficios de cualquier género de educación de que sean capaces por no poder pagar los derechos de matrícula correspondientes».

Como es sabido, esta ley está comenzándose a aplicar ahora. No se sabe, pues, cómo la interpretarán las autoridades locales. Precisamente el Comité nombrado ahora tiene por fin hacer lo más completa posible su aplicación. Y en este sentido ha hecho aquél las recomendaciones al ministerio que se indican después.

El Comité ha creído que la disposición anterior debía interpretarse de modo que la «capacidad» en ella expresada se dé por supuesta en todos los niños que no posean alguna anormalidad o defecto mental o físico; por tanto, la educación de aquéllos debe ampliarse hasta los DIEZ Y SEIS AÑOS (hoy son los CATORCE en las escuelas primarias). El número de niños comprendidos hasta esa edad, deducidos los subnormales, que pueden y deben disfrutar de la educación secundaria, asciende nada menos que a 2.250,000. Para ellos, pues, habrá que buscar la acomodación necesaria. Ahora bien; como actualmente asisten ya a las escuelas secundarias públicas de Inglaterra y Gales unos 300,000 alumnos, aquella acomodación habrá de buscarse para unos dos millones.

Como se ve, es una empresa gigantesca la que propone el Comité. Este, claro es, se da cuenta de que en las difíciles circunstancias económicas actuales, tal tarea, realizada de una vez, sería punto menos que imposible. Y en consecuencia, dejando aquélla como aspiración remota, hace una serie de proposiciones o recomendaciones más inmediatas del ministerio, para facilitar la transición, y que en resumen vienen a ser como sigue:

El porcentaje de plazas gratuitas calculado para el ingreso debe elevarse desde el 25 por 100 actual a un 40 por 100 para cada jurisdicción escolar en general y para cada escuela en particular. Y el número de escuelas secundarias debe aumentarse, por lo menos, hasta que haya en ellas 20 plazas de alumnos por cada 1,000 habitantes.

Debe fomentar la VARIEDAD DE TIPOS DE ESCUELAS SECUNDARIAS, señalándose como edad mínima terminal la de diez y seis años, y complementándose las escuelas secundarias con OTROS TIPOS DE ESCUELAS, que tengan la edad de diez y seis años como edad máxima final.

Para la concesión de subvenciones del Estado, debe ser condición nece-

---

(1) «Repport of the Departamental Commites en Scholars hips and Free Places at Secondary Schools.» (25 oct. 1920.) H. M. Stationery Office, qd.

saría la creación de plazas gratuitas no sólo en las escuelas secundarias sino también en las que hagan las veces de ellas.

El ingreso en las escuelas secundarias como alumno de una plaza gratuita debe estar condicionado por un ejercicio escrito de lengua inglesa, seguido de uno oral, sobre el programa escolar, con el fin de medir LA CAPACIDAD Y LAS POSIBILIDADES INTELECTUALES MÁS QUE LOS CONOCIMIENTOS ADQUIRIDOS. En ese examen se tendrá en cuenta el trabajo anterior del alumno en la escuela elemental, como uno de los índices mejores para juzgarla.

Las plazas gratuitas deben concederse para todos los años que comprenda el plan de estudios, con tal que los alumnos se mantengan en un tipo de progreso, trabajo y conducta determinados. Las autoridades locales deben procurar que los padres tengan conocimiento de las ventajas de las plazas gratuitas, y que se comprometan a que sus hijos continúen todo el plan de estudios, una vez que adquieran una de aquéllas.

Para que los alumnos de las plazas gratuitas dispongan de las mismas facilidades que los demás alumnos, se crearán las necesarias becas de estudios.

Estas becas de estudio—que suponen un auxilio económico con fondos públicos, añadido al que representa la plaza gratuita—se concederán principalmente a partir de los catorce años, que es la edad de término para obligación escolar y de comienzo para el trabajo. Las becas estarán en relación con el costo de la vida y no con la capacidad de ganar dinero.

«La abolición de todos los derechos de matrícula en las escuelas secundarias—es decir, la gratuidad total—debe ser considerada como una política a seguir tan pronto como lo permitan las condiciones de la hacienda nacional».

Repasando las proposiciones del Comité, se ve, en primer lugar, que la determinación del número de escuelas secundarias se hace no de un modo global, para toda la población escolar, sino según un tanto por mil del número de habitantes. Este 20 por 1,000 determinado supone, sin embargo, nada menos que 120,000 alumnos, para los que habían de crearse las escuelas necesarias, en vez de los 300,000 que tienen hoy cabida en aquéllas. Queda para el porvenir el problema de los que faltan hasta llegar a los dos millones calculados; pero esta labor está facilitada en parte con los alumnos que asisten ya a otras escuelas técnicas o intermedias y con las que «bajo las actuales económicas y legales», no puedan asistir a las escuelas secundarias.

Después se observa que la proposición referente a las matrículas gratuitas tiene el mismo carácter transitorio. El Comité propone la gratuidad absoluta de todas las escuelas secundarias públicas.

Pero como esto no es posible hacerlo en los momentos actuales—entre otras razones porque aún hay que emplear muchos millones en la aplicación de la ley Fisher—, reduce su aspiración ahora a elevar hasta el 40 por 100 el número de esas plazas gratuitas, en vez del 25 legal actual.

No basta, sin embargo, introducir el principio de la gratuidad; muchos muchachos se verían impedidos, aun con ella, a asistir a las escuelas secundarias por la necesidad de tener que ganar un jornal para ayudar a su sostenimiento. De aquí que el Comité, junto a esa recomendación de las plazas gratuitas, haga otra aún, si cabe, más importante que es la de la creación de becas de estudio que vengan a satisfacer esas necesidades económicas que se tratan de atender con el jornal.

Otras recomendaciones, como las referentes al carácter que han de tener los exámenes para el ingreso en las escuelas de segunda enseñanza, son también de gran interés. No debe medirse en aquéllos, según el Comité, la cantidad de conocimientos de información que puede tener el aspirante sino especialmente su capacidad, su desarrollo intelectual; pero la misma medida de éste no se entrega enteramente al azar de un momento determinado, sino que se tiene en cuenta para determinarlo la altura alcanzada por el muchacho en la escuela primaria y en su educación anterior en general.

Finalmente, el Comité considera como su misión esencial la de dar facilidades para el ingreso en las escuelas secundarias por la importancia que da a la segunda enseñanza. «La civilización—dice—parece sufrir en el momento actual una FALTA DE IDEAS AMPLIAS Y HUMANIZADORAS que formen la BASE de la CIUDADANÍA ILUSTRADA.» Por ello, «el Estado debería disponerse a reconocer la continuidad esencial de la educación, aceptando la misma responsabilidad financiera respecto a la educación secundaria que ha hecho ya respecto a otras formas y grados no más necesarios, y que entre tanto deberían darse con este fin a la vista todos los pasos necesarios para la mejora inmediata de la base financiera de nuestro sistema secundario en lo que se refiere a las becas de estudio y a las plazas gratuitas».

Después de todo lo expuesto, no parece aventurado afirmar que en nuestro tiempo empieza una nueva era para la educación. Así como el siglo XIX hizo posible la escuela primaria gratuita y universal, al siglo XX le está reservado hacer lo mismo con la escuela secundaria. Pero con una diferencia, sin embargo: así como el siglo pasado, para dar universalidad a la escuela elemental, hizo obligatoria, coercitiva, la asistencia a ella, sin pensar en más medios que la gratuidad para facilitar su cumplimiento, nuestro siglo añadirá a esta gratuidad en vez de la coacción, el apoyo económico directo, para poner a todos los que puedan y deban disfrutar una educación superior en el mismo plano de igualdad que requiera la dignidad humana.

LORENZO LUZURIAGA

Londres, noviembre de 1920.

(De *La Lectura*, Madrid).

La conciencia, factor de evolución

(Viene de la pág. 216).

PERO admitamos que Loeb hubiera probado que los tactismos de los organismos inferiores no son fenómenos de conciencia ¿implicaría esto, como él lo pretende, que tampoco existe la conciencia en los organismos superiores? Absolutamente no. Aun admitiendo como verdadera la primera parte del postulado, en buena lógica no estamos obligados a aceptar la segunda. En efecto, aquí no se trata sino de una petición de principio inspirada por el axioma del Estagirita: «La naturaleza no hace saltos». Axioma que la biología moderna pone muy en duda, por no decir que rechaza, desde que Hugo de Vries, el célebre botánico holandés, demostró experimentalmente su teoría de la mutación o variaciones bruscas de los seres vivos.(1) Podría creerse, al contrario, que es precisamente por saltos como procede la naturaleza en su evolución.

Esto nos conduce a la segunda hipótesis a que aludimos antes, según la cual la conciencia no es un fenómeno propio de la materia viva sino una propiedad general de la materia.

Esta hipótesis, hipótesis panpsiquista, se inspira también en el consabido principio de unidad de materia y energía y ha sido hecha para conciliar este principio con la innegable realidad de la existencia de los fenómenos psíquicos.

El monista se encuentra delante de este dilema: o negar, como lo hace Loeb, la existencia autónoma de fenómenos que escapan a las leyes psicoquímicas o admitir la existencia de esos fenómenos y reconocer implícitamense la derrota de su sistema. Los panpsiquistas han tratado de conciliar su hipótesis con la evidencia de los hechos y para evitar reconocer como exacta cualquier hipótesis dualista, que ello y no otra cosa es el admitir que a un momente dado de la evolución de la materia ha aparecido un factor nuevo—la conciencia—que no existía antes, han imaginado y presentan como cierto que, más o menos manifiesta, la conciencia existe en toda la materia y en todos los grados de su evolución. Esta concepción ha obtenido el éxito que obtienen todos aquellos trabajos de índole paradógica tan al gusto del día y que por el solo hecho de satisfacer la sed de paradoja de nuestros contemporáneos consagran definitivamente la reputación de un escritor. El autor que

(1) H. de Vries.—*Espèces et Variétés*.—París, 1910.

tuvo la humorada de afirmar que el hierro tiene memoria y que dió a esta salida una apariencia científica basándola sobre los fenómenos moleculares conocidos bajo el nombre de *histeresis* que se observan en el hierro a consecuencia de la torsión, hizo más por su reputación que si hubiera discretamente permanecido en un laboratorio durante varios años observando y meditando. (1)

El panpsiquista, como todo hombre, tiene derecho a adaptar los hechos a la concepción filosófica que se ha formado del mundo, pero está también en el deber de no presentar los hechos deformados y sobre todo de no presentar su hipótesis como la expresión de la Verdad. Es muy posible que una hipótesis construida para explicar un grupo de fenómenos o la totalidad de fenómenos del Universo, sea falsa y es probablemente el caso de *todas* las hipótesis humanas, pero ellas tienen en su favor el hecho de haber sido imaginadas para interpretar *fenómenos observados*, cuya existencia es real. Pero una teoría construida *a priori*, es decir, no para explicar fenómenos observados, sino para satisfacer impulsos de nuestro espíritu y en cuyo favor se supone la existencia de hechos hipotéticos, no puede sino ser falsa. Y es lo que ocurre con la hipótesis panpsiquista: sus partidarios comienzan por admitir la unidad de la materia y de la energía, lo que no pasa de ser una hipótesis, y luego imaginan no menos hipotéticamente la existencia de la conciencia en toda la materia. Aquí se explica una hipótesis por otra hipótesis, mientras que en una hipótesis *a posteriori*, en una hipótesis científica, se explica un hecho observado, real, por una hipótesis.

Ni siquiera en física la doctrina monista puede proclamarse como la expresión última de la Verdad, y si como H. Poincaré (2) lo demuestra, la certitud absoluta no existe siquiera en las matemáticas, mucho menos existirá en filosofía biológica.

Y hay más: los *hechos* parecen demostrarnos que la evolución de la materia cósmica se efectúa precisamente por saltos bruscos, siendo las etapas de estos saltos lo que podríamos llamar planos de evolución, es

(1) Al mismo orden de ideas pertenecen las elucubraciones de von Schroen, sobre «la vida de los cristales».

(2) H. Poincaré, *La science et l'hypothèse*.—París, 1912.

decir, planos dentro de los cuales la materia evolucionaría hasta el grado máximo posible dentro del mismo plano pasando luego por una mutación, por un salto brusco, al plano inmediatamente superior. Así tendríamos el plano cósmico, el plano físico, el plano químico que parece dar origen a dos planos: el radioactivo y el vital, dando este último nacimiento al plano psíquico. Al pasar de un plano a otro la materia conserva los caracteres del primero y adquiere los del nuevo plano en que vá a evolucionar. Ello es lógico y comprehensible y explica el hecho—que los monistas interpretan diferentemente — de que la materia viva, por ejemplo, conserve los caracteres que predominan en el plano físico.

Ni la hipótesis de Loeb que niega la conciencia, ni la hipótesis panpsiquista que la concede a toda la materia, tienen a su favor argumentos de peso. La realidad de la conciencia y su aparición a un momento dado de la evolución de la materia en cambio, son *hechos* de indiscutible realidad. Las hipótesis que podamos hacer relativamente a su naturaleza y a su finalidad podrán ser falsas, pero tendrán sobre las primeras la inmensa ventaja de haber seguido el camino impuesto por el método científico, es decir: observación de un hecho e hipótesis subsecuente para interpretarlo.

•

DECÍAMOS más arriba que en aquellos casos en que un fenómeno de conciencia se manifiesta, el comportamiento del animal sigue la línea de su mayor interés momentáneo. Esta concepción del comportamiento condicionado por el interés momentáneo del individuo la debe la ciencia a nuestro sabio maestro el Prof. Ed. Claparede y su trascendencia es infinitamente superior a lo que parece a primera vista, pues ella nos da la clave del papel que juega la conciencia en la vida de los organismos.

La historia toda de los individuos y de las especies, se reduce a esto: posibilidades de acción que presentan cada una un grado diferente de provecho para el individuo o la especie, y es precisamente este el papel de la conciencia: escoger entre esas posibilidades la más ventajosa. Cada acto de conciencia es, pues, una victoria que gana el individuo (y por consiguiente, gracias a la herencia, la especie) en el plano de evolución vital.

Examinemos cualquier función biológica y nos convenceremos fácilmente que la *dominante* de la evolución de la materia viva es la conciencia. Los fenómenos de mimetismo han sido en su comienzo, actos conscientes. El instinto bajo todas sus manifestaciones,

ese como sentido maravilloso que hasta misterioso nos parece por su admirable finalidad, no puede tampoco haber tenido otro origen que actos o fenómenos de conciencia. Los actos en apariencia más simples del individuo, la marcha vertical en el hombre o sus reflejos de defensa han sido también en sus comienzos actos conscientes.

Aquellos biólogos o pseudo-biólogos que se extasian sobre «las maravillas del instinto animal» y que no aciertan a comprender ni su origen ni su persistencia, es sencillamente porque no pudiendo desembarazarse de la técnica de pensar que enseña la ciencia materialista, no se les ha ocurrido siquiera que «*evolución*» no implica siempre progreso y se obstinan en hacer de ese término un sinónimo de *perfeccionamiento* en el sentido antropocéntrico. Habiendo observado que el instinto es un fenómeno mucho menos complicado en apariencia que la conciencia y convencidos de que la Naturaleza sigue las mismas vías que nuestra didáctica, es decir, va de lo simple a lo complejo, han querido a todo trance hacer del instinto el precusor de la conciencia, cuando es precisamente lo contrario lo que ocurre.

Ya hemos tenido ocasión de decirlo anteriormente: el automatismo es el crepúsculo, la degradación (hablamos desde el punto de vista dinámico) de la conciencia.

La ley del menor esfuerzo exige que desde el momento en que un organismo llega a ser capaz de ejecutar un acto útil sin intervención de la conciencia, ésta cese de intervenir. El primer hombre que tuvo ocasión de levantar el brazo para protegerse de un golpe, ejecutó un acto consciente, es decir, se encontró delante de varias posibilidades: huir, dejarse golpear o protegerse levantando el brazo y adoptó la que, por un fenómeno de conciencia, estimó más útil. Hoy, nadie, amenazado de ser golpeado, se pondrá a meditar sobre el partido más conveniente que debe tomar: instintivamente su brazo le protegerá.

Desde el punto de vista de la evolución, los actos automáticos y los instintivos son fenómenos pasivos, mientras que los actos conscientes son activos, dotados de un poder dinámico que hará de ellos el principal factor de evolución biológica. Sin conciencia no habría posibilidad ninguna de evolución. No podemos extendernos aquí más sobre este asunto, dado que nuestro trabajo toma proporciones que no teníamos intenciones de darle, ni queremos tampoco responder por adelantado a las objeciones que nuestras afirmaciones puedan suscitar. Bástenos decir que es precisamente por considerar la conciencia como el factor dominante de la evolución por lo que nos hemos creído autorizados para encabezar este trabajo con el postulado fundamental del espiritualismo:

Mens agitat molem. (1)

TULIO V. BÜLOW

Barcelona, agosto 1920.

---

(1) Los trabajos siguientes, no citados en el curso de este artículo, pueden ser consultados por aquellos que se interesen especialmente por estas cuestiones:

S. O. Mast: *Light and behaviour of organisms*. New York, 1911.

K. Dunlap: *An outline of Psychobiology*. Baltimore, 1914.

J. Grasset: *Les limites de la biologie*. París, 1911.

Sedgwick Minot: *Problemas modernos de biología*. Trad. española, Barcelona.

Sedgwick Minot: *La conscience au point de vue biologigue* in Revue Scientifique. 16 de agosto de 1902.

Morgan C. Lloyd: *Animal behaviour*. Londres, 1915.

H. Bergson: *Matiere et memoire*. París.

G. Bohn: *La naissance de l' intelligence*. París, 1909.

H. Driesch: *Der Vitalismus als G esiehte und als Lehre*. Leipzig, 1905.

Ed. Claparéde: *Revue génèrale sur les principes de la psychologie animale*, Année Psychologigue. 1903.

A. Schaeffer: *Selection of Food in Stentor coeruleus*, in Science, N. S. vol. 29, pág. 245.

W. von Budenbrock: *A criticism of the Tropism theory of Jacques Loeb*, in Jour of animal Behaviour. 1916, 6, p. 341.

E. S. Abbot: *The biological point of view in Psychology*, in Psych. Review. 1916. 23, pág. 117.

Harry Beal Terry: *Tropisms and instinctive activities*, in Psychol. Bulletin. 1917, v. XIV, p. 265.

H. V. Neal: *The basis of individuality in organisms*, in Science. 1916, 44, 82.

EL HEROE DESCONOCIDO

A don J. García Monge

Con la mano que tiembla de congoja
un inseguro golpe da en la puerta
y a la altanera voz que le contesta
responde humilde su palabra floja.

A sus pies la ciudad entra en reposo
bajo la paz de la dorada tarde;
y sobre su cabeza el hosco y grande
«Cuartel de Bella-Vista» es un coloso.

¿Quién es esta mujer, por qué ha llegado,
triste el semblante y vestidura negra?
Viene a saber de Juan, que fué a la guerra
desde hace largos días y no ha tornado.

Y así, a pesar de su temor profundo
vuelve a inquirir segunda vez la suerte
de su Juan... y en la voz vibrar se siente
un llanto resignado e iracundo.

Ya los demás volvieron, ya tranquilo
su hogar de nuevo los alberga ahora...
Y aun esta mujer muerde la duda
de no saber siquiera si está vivo!...

Juan es tal vez hermano, o el esposo,
o es el padre... Ella habla de *su Juan*, y le responde
fatal noticia... —«¡Que murió allá donde
la patria lo llamó y él fué gustoso!»

Y después nada más, no hay un detalle:
si murió como un bravo, si fué fiebre,
si se cayó en el mar, si fué una sierpre,
si le enterraron en brumoso valle...

Nada más que murió, y el desconcierto
que la noticia trae para los suyos
sólo ellos lo soportan en un puño...
y ni la patria sabe que él es muerto!

Un llanto silencioso allí en la acera
bajo el torreón de altísimas almenas
por entre las que apuntan las estrellas
cual fusiles de paz: ¡nada más era!

Y luego, en la aldehuela conmovida
las comadres comentan el suceso;
para el valiente anónimo hay un rezo
y la conformidad cubre la herida.

Que antes de ir a luchar llueven las flores
de la oratoria que los llama egregios
y después del combate no son ellos
los que tienen derecho a los honores...

Porque el mundo egoísta, cruel e injusto
sólo llora la muerte de los grandes
y a los humildes héroes del combate
no alcanza el bronce de que se hace el busto!

SALVADOR UMAÑA

Marzo de 1921

La Universidad Nacional de México proclama Doctor Honoris Causa al publicista cubano don Manuel Márquez Sterling

DISCURSO DEL RECTOR, LIC. DON JOSE VASCONCELOS

Os ha tocado volver entre nosotros cuando nos hallamos entregados a la difícil tarea de reconstruir una patria. Después de largas y crueles discordias, ahora nos posee tal fiebre de acción, que quizás suceda que nos falte tiempo para expresaros cumplidamente todo lo que vuestra presencia significa para nosotros y toda la grande, la respetuosa admiración que os profesamos. Atareados hasta el máximum, no nos encontramos en ánimo de fiesta, y sin embargo, os hemos llamado. ¿Por qué escogimos esta época de apresuramiento para invitar un huésped que tanto merece, no sólo nuestro afecto, sino también nuestra más exquisita atención y cortesía? ¿Por qué no esperamos a que los esfuerzos tan sinceros y tan tenaces de estos días comenzaran a dar fruto para tener algo que ostentar en nuestro abono? Confieso que no podríamos contestarnos a nosotros mismos estas preguntas. La resolución de llamaros fué un arranque irresistible. Sonó la hora de las reparaciones y nos sentimos jubilosos de ver llegar la ocasión largamente aplazada; satisfechos de arrancar a la vida después de tantas penalidades, un positivo instante de gloria. En estos momentos parece que asistimos a la consumación de un presagio, y confirmamos que el ensueño es más real y definitivo que todo lo que miran los ojos y todo lo que tocan las manos. La conciencia, rodeada de sombras, se ilumina de cuando en cuando con vislumbres del porvenir, unas veces confusos y otras veces claros como la realidad más palpable. Y sucede que nos equivocamos en el plazo, lo creemos cercano cando está distante y a veces no nos alcanza la vida para confirmar la verdad, mas ello no importa; los que vienen detrás la comprueban algún día y por eso mismo lo que interesa es el don de adivinar; don que hoy vemos comprobado al contemplar como un hecho real, lo que hace algunos años nos parecía un sueño irrealizable.

Vos también, estoy seguro, cuando sufríais con nosotros, soñasteis alguna vez, en un día de recompensa y de regocijo, en que la Nación Mexicana os rindiera tributo de agradecimiento y os proclamara brote de su misma sangre y amigo de su corazón. Por eso sin darnos cuenta exacta de lo que hacíamos, nosotros os invitamos y vos venisteis, pues era necesario que todo esto que ya existía en los dominios del espíritu, tomase cuerpo en la realidad. Pueblos como los nuestros, pueblos atormentados, viven del contraste y caminan por saltos, ya rodando por el abismo, ya levantándose hasta las cumbres.

¡Demos suelta al destino que hoy pasa clemente y pródigo como allegro de sinfonía beethoviana; augusto, como si intentase igualar el rapto que mueve hacia lo alto los mundos, y proclamemos en vos una de las fuerzas que han operado esta transformación de la conciencia patria.

Inmaculado volvéis, como os fuisteis, pero ahora más sabio y más ilustre. Maltrechos y destrozados nos halláis a nosotros, pero limpios de aquel oprobio. La tragedia ha desgarrado nuestras entrañas; pero la justicia ha triunfado sobre la tierra.

*

Los viejos revolucionarios entienden todo este lenguaje enigmático que expresa lo que pasa en nuestras con-

ciencias al volver a encontrarnos juntos sobre este suelo regado en sangre, pero es menester que todos sepan, que todos recuerden lo que sois y lo que habéis hecho entre nosotros.

Hace más o menos veinte años llegasteis aquí, comisionado por un diario de la Habana para estudiar este país que la prensa asalariada presentaba como la obra de un genio omnipotente que se dignaba fomentar la industria, el comercio y las artes en vez de destruirlo todo con los rayos de su ira vengadora. Contemplasteis la majestad del falso Júpiter; supisteis resistir la tentación del oro y el halago de la vanidad, y en vez de cantar loores a Porfirio Díaz, contasteis en vuestra patria la verdad, y os sonreisteis del histrión sanguinario que paseaba por nuestras calles, cubierto el pecho de medallones como un rey bárbaro en día de fiesta.

Pasaron los años, largos años, porque nada es más largo que el andar de la justicia sobre la tierra, y los mexicanos bajo la mano férrea de Porfirio Díaz, seguían postergados y tristes. Y mientras casi todos los pueblos de nuestra raza, la Argentina, Cuba, Chile, el Uruguay, progresaban rápidamente, mágicamente, México se enorgullecía de poseer un déspota, capaz de sofocar la opinión, capaz de aniquilar a sus enemigos; pero impotente para realizar el verdadero progreso. ¿Qué importaba, se nos decía entonces, que la raza entera padeciera hambre, soportara injusticia y se hallase ignorante, si México contaba con Porfirio Díaz, el igual de los más grandes Jefes de la tierra, grande y austero, astuto e invicto? ¿Qué importaba que no todos los ingratos mexicanos apreciásemos la grandeza de aquel hombre si en cambio, los extranjeros, los ilustres extranjeros le tenían tal amor y confianza que consentían en traer aquí sus capitales para construir de cuando en cuando cien kilómetros de vía férrea o para saquear una mina o adjudicarse alguna fuente de la riqueza pública? Nosotros ¿qué? Nosotros éramos irredimibles, brotes equívocos de una raza híbrida; ya lo decía el magno Spencer coreado por nuestro Bulnes: a nosotros no nos quedaba más misión que desaparecer para dejar nuestro sitio a la flor del mundo: al blanco, entendiendo por blanco, al sajón. Tal era el pensamiento oficial de la época, y fué entonces en media de esa noche pavorosa—noche sombría de la conciencia—cuando apareció la estrella que fué a posarse en el alma de Francisco Madero. ¡Como un meteoro que, por breves instantes alumbra el camino de quien va perdido, así Madero brilló, venció y dejó esplendor! Y vos debéis haber sentido algo como la visión de los Reyes Magos, pues vinisteis a contemplar el prodigio que se opera sobre la tierra cada vez que aparece un alma verdaderamente cristiana, un alma que es mentís de todas las ruines sociologías. Observasteis a Madero desde lejos, acaso con la desconfianza que en todos despierta la acción del hombre, aun del más justo, por lo bien que sabemos hasta qué punto es flaca y sujeta a yerros la miserable naturaleza humana. ¡No era creible aquel prodigio! Un hombre que perdonaba, un hombre que amaba en el país del odio, de la mano de hierro y del asesinato por razones de Estado! Sin embargo, cuando un pueblo se envilece hasta la ignominia, es menester que surja el héroe, que el héroe se convierta en mártir, ya que sólo el sufrimiento infinito posee la fuerza que nos retorna a los valores justos. ¿Qué idea teníamos en la era porfiriana de la verdad, la justicia y el bien? La verdad era la verdad de los sentidos que tan poco alcanzan; la justicia era conveniencia política; el bien un juego de palabras hecho de términos, como: «el interés público», «la salud del Estado» y la «felicidad de la casta»; jamás el bien generoso y absoluto. Era, pues, necesario, que un hombre fuese al sacrificio y a la muerte para comprobar, que por encima del tirano y de las razones de Estado y por encima de la felicidad misma, hay ideales eternos por los que se puede sufrir y por los que se debe morir.

Empujado por las fuerzas divinas, que, venciendo todos los obstáculos renuevan el bien sobre la tierra, Madero llegó hasta el holocausto! La sangre de los mártires purifica el ambiente, pero cae como una maldición sobre las generaciones que consuman el sacrificio.

La estancia silenciosa

Un grande amor desvanecido en la eternidad llena de sutiles perfumes la estancia silenciosa. En los altos espejos tiemblan misteriosamente las sombras de los cortinajes, y de las rosas marchitas en los blancos jarrones, y de los antiguos retratos casi envueltos en la penumbra crepuscular. Minuto a minuto va disminuyendo la amarilla mancha de sol sobre las moradas alfombras. Como un vago dolor de ultratumba, de un remoto campanario llega un sonido grave y melancólico; y, al extinguirse, también se esfuma, lentamente, el último resplandor sobre los desteñidos muebles de la estancia... Y de la negra tiniebla parece que fuera a surgir el pálido fantasma de la dulce muerta, con los ojos tristísimos, y con las manos infantiles castamente cruzadas sobre su seno.

Froylan Turcios

Cartago, marzo de 1921.

Estuvo con nosotros desde el principio del martirio

Después de la muerte de Madero comenzó nuestro propio martirio, y duraron siete años la guerra, la desolación y la muerte. Desde el principio de este período estuvisteis vos del lado del vencido, porque era el lado de la justicia. Crimen tan monstruoso nos hubiera llenado de eterno baldón si sobre él se hubiese puesto el olvido. El silencio era cobarde complicidad y vos fuisteis de los primeros en romper el silencio. Virilmente protestasteis contra la usurpación entre vuestros colegas diplomáticos, y enseguida os propusisteis aliviar la suerte de las víctimas. Una noche pasasteis al lado de Madero y venciendo la más honda repugnancia hablasteis a los traidores para que respetasen su noble vida. Los traidores os mintieron y mientras vos preparabais un tren y alistabais el crucero «Cuba», para salvar a los prisioneros, los huertistas los hicieron asesinar. Todo parecía haber concluido entre nosotros: la ciudad estaba de luto, un luto temeroso, disimulado; por las calles desiertas paseaba la soldadesca ebria; lo más bajo, lo más vil de la sociedad prerevolucionaria gritaba por las plazas sus hurras destemplados; se perdieron la vergüenza y el honor; los hombres buenos lloraban su impotencia; el mal y la mentira dejaban caer su peso agobiante sobre una tierra maldita. ¿Mas cuál es el remedio así que todo está perdido? El remedio contra todas las adversidades es la fortaleza del alma; el corazón que se yergue frente a la adversidad y la reta. El remedio es la verdad resuelta, franca, violenta. Más sacrificios y más verdades, eso es lo que necesitan los pueblos en las horas de su más honda angustia; y de todo ello nos disteis ejemplo, pregonando la verdad a los cuatro vientos, sin tener en cuenta el poder y la felonía de los criminales. Atendiendo tan sólo a vuestros intereses, bien pudisteis, como tantos otros, permanecer indiferente — discreción llaman a eso los cobardes—indiferente y muy atento a las obligaciones de vuestro cargo; pero antes que funcionario que se apega a conveniencias dudosas, fuisteis hombre resuelto que pone la verdad por encima de todos los compromisos humanos. Permitid que al homenaje nuestro unamos también el que la patria mexicana debe al Ministro de Estado de Cuba, don Manuel Sanguily, que supo refrendar vuestros actos, y al noble pueblo de la Habana que en aquellos días luctuosos abrió sus brazos a todos los refugiados que llegaban de México.

Un pueblo diezmado, pero muy orgulloso del sacrificio

De entonces acá hemos sufrido intensamente, y ahora encontráis un pueblo diezmado y en ruinas; pero orgulloso de que ha sabido hacerse justicia. El miserable que conocisteis cuando asaltaba a mansalva el palacio del Presidente, huyó como los viles doblegándose al peso del oro que se vuelve maldición y estorbo en las manos de todos los Judas.

Por desgracia no bastó con la desaparición del malvado, sino que toda una época estuvo enferma de odio y de venganza. La discordia fomentada por un mal jefe, hizo estragos entre los mismos revolucionarios y el tormento de la nación entera se prolongó largos años. Acaso todo ha sido una expiación necesaria; nada hay más obscuro que la razón de los acontecimientos, ni nada hay más terrible que el azote de Dios sobre los pueblos. Hoy que ha pasado la tormenta, nos hallamos doloridos, pero ya no nos atormentamos y nuestro mal lo alivia un vago sentimiento de purificación: algo como si pasase por nuestras almas la mano piadosa que infunde el amor y la paz.

Las libertades que contemplasteis durante la época de Madero, están reconquistadas y a tan enorme precio, que ahora serán perdurables. La justicia se ha cumplido y en vez de una tumba que vos dejasteis halláis ahora dos: la tumba del mártir que el pueblo cubre sin cesar de rosas y la tumba de Carranza por cuyos senderos nadie camina. ¡Saludable ejemplo que es menester proclamar! ¡Jóvenes alumnos, si alguna vez dudáis de la justicia, si pensáis que la bondad no tiene premio, meditad un momento frente a estas tres tumbas: la tumba del traidor, olvidada en tierra extranjera; la tumba del último déspota, olvidada en tierra patria, y la tumba de Madero, fresca de flores y alegre con el canto de millares de almas.

Maestro en el sublime arte de la virtud

Nosotros recuperamos lo perdido y aunque vos hayais ganado en fama, no poseéis ahora la representación de vuestra patria. Tal honra no podemos restituirla nosotros y sólo nos toca aseguraros que no conocéis título más alto que el que vos ostentáis de ciudadano libre. Si no podemos restituiros lo que poseíais, sí hemos querido haceros presente nuestra gratitud y nuestra veneración.

Y la Universidad Nacional de México, que no quiere ser, que no es, un recinto de meros ideólogos, sino una concreción de los sentimientos más nobles y los ideales más altos, se complace en declarar que vuestros servicios en pro de la verdad merecen el calificativo de ilustres y a causa de ello os confiere el título más honroso que posee: el título de sabio y docto y os proclama maestro de la más importante y noble de todas las artes: Maestro en el arte sublime de la virtud y por ello, Doctor honoris causa de la Universidad Nacional de México. Norma y ejemplo de nuestras almas sea vuestra conducta si los días amargos retornan. La Universidad os presenta a la juventud mexicana como un modelo, y subiendo un grado más allá del doctorado en ciencias, del doctorado en artes, os proclama docto en el cumplimiento del deber, os rinde el homenaje que se debe a los justos y os ruega que digáis en vuestra patria, que esta Universidad, heredera primogénita en el continente de la más añeja cultura latina, sigue estimando como en los más ilustres días de la antigüedad, antes que al hábil o al poderoso, al varón esforzado, limpio y recto.

Lucid con orgullo la honra que os otorgamos, que si es modesta, en cambio no está desnoblecida; no lo está porque no obstante que nuestra Universidad ha tenido que depender muchas veces de infames gobiernos, jamás se ha dado el caso de que deslustre su escudo prendiéndolo al pecho de algún tirano; ni tampoco ha sido pródiga al conceder el título que hoy os confiere. Uno que otro sabio extranjero, tres o más mejicanos cultos y dos consanguineos nuestros: el señor don Manuel E. Malbrán, Plenipotenciario de la Argentina, conferencista ilustre y leal amigo, y el señor don Pedro Erasmo Callorda, Encargado de Negocios del Uruguay, hombre culto y recto: tales son vuestros colegas, todos dignos de vos.

Sed bienvenido, señor, entre nosotros, para honra de la Universidad; y que este vuestro regreso a la patria mexicana, sea un testimonio de la unión estrecha y firme de Cuba con México, y de México y Cuba con todas las demás naciones de la raza ibera americana, la raza que ha de señalar nuevos senderos a la humanidad del porvenir.

(*El Figaro*. Habana).

(En el próximo cuaderno se publicará el discurso-respuesta del señor Márquez Sterling).

LA QUINCENA EDITORIAL

Estas son las obras que hemos recibido en estos últimos días y que tanto agradecemos y estimamos:

De los Autores:

Ventura García Calderón: *Cantilenas*, Ediciones «América Latina». París. 1920.

Arturo Ambrogi: *El Libro del Trópico*, Edición completa. 1918.

Ernesto Mario Barreda: *Desnudos y Máscaras*. (Prosas de vida y de novela). Buenos Aires, 1920.

Ernesto Mario Barreda. *Lucha de alas* (Comedieta lírica). En un acto y en verso. Buenos Aires, 1920.

Alejandro Rivas Vázquez: *Orientaciones Americanas*. 1920.

Artemio de Valle Arizpe: *Vidas Milagrosas*. Madrid, 1921.

Julio Cejador y Frauca: *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*. Tomo XIII. Madrid. 1920. En este tomo hay referencias breves de algunos escritores jóvenes de Costa Rica.

Ildefonso Pereda Valdés: *La Casa Iluminada*. Montevideo, 1920. Editorial Los Nuevos.

Luis Dobles Segreda: *Novia*. Heredia. 1921.

Robert Lehmann Nitsche: *Folklore Argentino*. I. Adivinanzas Rioplatenses. Buenos Aires. 1911.

De la Editorial MÉXICO MODERNO:

Pitágoras, por José Vasconcelos.

De la American Association for International Conciliation. New York:

Voices across the Canal.

De The Foreign Press Service, Nueva York:

H. L. Mencken. Por Burton Rascoe, Vincent O' Sullivan y F. C. Henderson. New York. 1920.

De don Julio Cejador y Frauca:

Ortografía racional. Por Menéndez Pelayo. Barcelona. 1919.

De los Autores:

Pedro Alfonso Vasconez: *Historia Profana de Israel.* Libro Primero. Quito. 1921.

El General Antonio José de Sucre en la Campaña del Ecuador. 1821-1822. Por Carlos Vianco. Quito. 1920.

De Mr. F. N. Hoffstot, de la Northwestern University Library, Evanston, Illinois, U. S. A:

Joseph Spencer Kennard: *Goldoni and the Venice of his time.* The Macmillan Company. New York. 1920.
Benigno Biboloti: *Moseteno Vocabulary and Treatises.* Evanston and Chicago Northwestern University. 1917.
Clyde Fitch: *Nathan Hale.* A play in four acts. W. H. Baker & Co. Boston.

———

No pierda esta ocasión. Acaban de llegar estas obras:

PLATERO Y YO, de Juan Ramón Jiménez, edición completa, el ejemplar. ₡ 4-00
GLOSAS, páginas del Glosari de Xenius. (Eugenio D' Ors), el ejemplar 4-00
INTRODUCCIÓN A LA SABIDURÍA, de Luis Vives, el ejemplar 2-50
En la Administración del REPERTORIO.

Libros infantiles que han llegado a la Administración del REPERTORIO

A ₡ 2.00 el tomo empastado:

Cuentos, de Madame D'Aulnoy. Trad. de E. Díez Canedo.
Fábulas, de La Fontaine. Trad. de E. Díez Canedo.
Cuentos, de Perrault.

———

OTROS BUENOS LIBROS AL MISMO PRECIO Y EMPASTADOS

Páginas Escogidas, de Azorín, de Palacio Valdés, de Quevedo, de Antonio Machado, de L. Alas (Clarín), de E. Heine, de Montaigne, de Pío Baroja, etc. Un tomo para cada autor.
La Cartuja de Parma. Por Stendhal. Dos tomos.
Greguerías selectas. Por R. Gómel de la Serna.
Los Galeotes, de S. y J. Alvarez Quintero.

———

Obras famosas que Ud. no ha leído y que las hallará en la Administración del REPERTORIO.

Hugo Foscolo: *Ultimas cartas de Jacobo Ortiz* .... ₡ 1-00
Massimo D' Azeglio: *Mis recuerdos*, 3 volúmenes 4-50
G. W. Leibnitz: *Opúsculos filosóficos.* 0-50
Tácito: *La Germania y Diálogo de los oradores* 0-50
G. Elliot: *Silas Marner.* (Novela) ... 1-50
Jean Austen: *Persuasión.* (Novela) .. 2-00
Prevost: *Manon Lescaut.* (Novela) .. 1-00

———

Los escritores chilenos en la Administración del REPERTORIO

Samuel A. Lillo: *Chile heroico* ...... ₡ 2-50
Amanda Labarca Hubertson: *La Escuela Secundaria en los Estados Unidos* 6-00
Ml. Magallanes Moure: *La casa junto al mar* 3-00
Antonio Bórquez Solar: *Laudatorias heroicas* 5-00
Pedro Prado: *Alsino* (Novela) 5-00
Víctor Domingo Silva: *Como la ráfaga* (Comedia) 2-00

———

Los autores mexicanos en la administración del REPERTORIO.

Antonio Caso: *Drama per musica.* Beethoven. Wagner. Verdi. Debussy ₡ 2.00
José Vasconcelos: *Prometeo.* Tragedia moderna 2.00
José Vasconcelos: *Pitagoras.* Una teoría del ritmo 2.25
Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid.* 1.25
Jesús Urueta: *Conferencias y Discursos* 2.25
Jesús T. Acevedo: *Disertaciones de un arquitecto* 3.00

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.